

Por la vida, hasta la vida misma: Pedro Luis Valencia Giraldo (1939-1987)

Natalia Valencia Zuluaga

Yo iba a cumplir once años cuando mataron a mi papá. Faltaban apenas unos días para mi cumpleaños. Su recuerdo es un ente vivo que es fácil sentir, pero difícil tocar. Es más como una textura que forma parte de lo que llevo adentro, pero que me cuesta mucho describir. Todas estas noches, con sus días, he querido ser, aunque fuese someramente, tocada por el divino acto de la palabra, para poder narrar y describir esta autopista de mil carriles, en forma de enjambre, que siento en mi mismísimo centro cuando pienso en él, para ser precisa, para estar más cerca de la realidad del recuerdo; lo quiero con tantas, tantísimas ansias, que mi propio corazón termina asfixiando los ecos que tal vez quedan en mí.

Mi padre nació en 1939. En su adultez emprendió mil batallas encaminadas a un único fin, la defensa de la vida: “Por la vida, hasta la vida misma”, decía. “Por la vida, hasta la vida misma”... ese fue su sentir, y así fue. Fue estudiante de medicina de la Universidad de

Antioquia de 1959 a 1965, año en el que se graduó como médico cirujano. Su año rural lo hizo en Peque, y existen indicios de que fue allí donde la realidad comenzó a mostrarle sus innumerables vertientes y bifurcaciones: si se ejercía la salud como el sistema lo precisaba, entonces los más pobres quedaban desatendidos. ¿Cuál camino escoger? Mi padre decidió acompañar a los pacientes en sus luchas populares.

En 1968 ingresó nuevamente a la Alma Mater, esta vez a la Escuela Nacional de Salud Pública. Ser médico salubrista le amplió el panorama, y en su profesión encontró la manera de aunar sus propósitos, su pasión y su sensibilidad, en lo que creía era una buena causa. Tenía un sueño donde era posible un mundo mejor y más justo para todos. Sé y aprecio con agrado que ese sueño era compartido por varios de sus colegas, profesores y estudiantes.



Pedro Luis Valencia Giraldo, foto de archivo Universidad de Antioquia

Supo también que algunas enfermedades, más que curarse, pueden evitarse, y que no todas pueden ser aliviadas por la medicina. Que muchas de las dolencias de los seres humanos solo logran ser solucionadas con cambios sustanciales en la política, con reformas sociales y económicas que, finalmente, permitan un beneficio directo al ser humano.

Creía que era necesario trabajar con otros y que, así como las instituciones se mejoran por dentro, el país podría mejorarse con un trabajo conjunto, uniendo fuerzas y haciendo cambios esenciales en las condiciones de vida de las personas. Fue militante de izquierda y defensor

de los derechos humanos. Por sus mismas ideas, por su pensamiento político, por su convencimiento y entusiasmo contagioso, fue un líder que gozó de prestigio en la Universidad, entre sus compañeros y estudiantes, y entre sus amigos. Pero, también por su discurso y ánimo incansables, fue víctima de terribles vejámenes por parte de los poderosos que siempre han sido los menos, pero que saben cómo enmascarar su cobardía en lo más hondo y vil para que los creamos “muchos”.

En algún momento, por estar inmerso en sus prácticas sociales, Pedro Luis Valencia Giraldo creyó haber olvidado la medicina; pensaba excesivamente en la salud social y, desde este ángulo, analizó profundamente las enfermedades. Consideraba, ya desde esa época —hace más de treinta años—, el estrés como una de las principales causas de los problemas de salud de la gente: el estrés producido por la pobreza, el hambre, la ignominia, la falta de agua potable, la afrenta del incumplimiento de los fines fundamentales del Estado. Con su propio cuerpo comprobó su teoría cuando, tras haber sido encarcelado con falsas acusaciones, durante casi un año, se le volvió blanca la cabeza. Fue encarcelado por sus ideas. “Que a uno lo metan a la cárcel por ideas, eso afecta mucho”, dice mi madre. Cuando a él lo

encarcelaron, nos encarcelaron a todos en mi familia.

Trataron de callarlo incontables veces, pero él hablaba de nuevo; trataron de robarle el honor, trataron de robarle la libertad, trataron de robarle la vida muchas veces. Pero cuando un hombre es claro, está convencido y sus ideas y su vida existen en concordancia con la vida misma, no hay ladrones, ni mordazas, ni barrotes, ni balas que puedan someterlo. Silenciaron su boca, pero no la voz de sus ideas. Esa no puede acallarse ni con el ruido de mil cañones. Abogó siempre por los más desvalidos, luchó incansablemente. En la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, seguramente habría incluido como fundamental el derecho a soñar. Él fue un soñador, un altruista, un hacedor.

Desprendido, liberado de los bienes terrenales, pocas veces vestía de corbata, pero sí con su camisa impecable, con sus manos impecables y, sobre todo, con su alma impecable; ni traslúcida ni acuosa: densa de ideales, de faenas, de momentos por compartir, de enseñanzas por entregar, de ganas por entender, por aprender, colmado de esperanzas, una lumbrera de hechos e ideas.

A pesar de las vicisitudes de la vida, mi padre fue una persona alegre: tenía un humor negro que sacaba a relucir en los momentos más inesperados. Se reía con una carcajada sonora y grave, hasta en las circunstancias más hostiles. Y cuando reía o decía algo, lo hacía con una espontaneidad que, luego de sorprender a los oyentes, inevitablemente los contagiaba con su risa.

Bailarín, dicharachero, familiar, recto, disciplinado, de temperamento templado. Paradójicamente ingenuo, creía ciegamente en todo lo que le decían. Amoroso, amable, cordial, respetuoso.

Por alguna razón que adjudico a su espíritu noble y sensible, pues no practicó ninguna, creía también en las artes. Y creía que en algún momento la sociedad podría funcionar de la manera como lo hace el arte. En mí depositó algunas de esas valiosas semillas y hoy también creo en que “en algún momento, la humanidad puede llegar a disfrutar de sus cinco sentidos”.

Han pasado veinticinco años desde su muerte y es difícil traer los recuerdos, como si fueran escasos. Se me evaporan entre las manos, como cuando se le escapa a uno el sueño que ha

acabado de tener, como tratar de retener humo, como intentar atrapar la propia sombra. Su imagen la tengo como puntos—no muchos—, y separados por grandes espacios, pero que forman una inmensa imagen. ¡Quisiera tanto ser más fiel al recuerdo...!

No son los hombres buenos e ingenuos los más débiles. Los más débiles son los hombres llenos de miedo. Y no son errores de la humanidad la debilidad ni el miedo, pero sí es un despreciable desperfecto cuando se tiene que recurrir a la debilidad o al miedo como coartada para ultrajar la honra del otro, para afrentar la vida del otro.

Mi padre fue un hombre bueno, y por eso algunos débiles le tuvieron miedo. Lo calumniaron y acusaron con falacias, para después justificar su muerte, porque cuando no hay argumentos, cuando el ímpetu no puede frenarse ni medirse por medio de las palabras y los hechos, se recurre a la fuerza bruta. Se amedrenta y se amenaza.

De alguna manera, tengo la tranquilidad de que soy capaz de bajar nuevamente al infierno para recoger lo que a mí pertenece. Y de saber que él, en mí, no fue un sueño: es la fuerza y la

esperanza que también alimenta mi barriga, es el atuendo que me protege, que me cubre de la tormenta, es, además, la madera que mantiene erguida mi cabeza, mirando al frente. Es el aire que llena nuestras vidas y eleva nuestros espíritus más cerca de los sueños.

Natalia Valencia Zuluaga es compositora musical y profesora universitaria. Escribió este artículo para la *Agenda Cultural Alma Mater*.